**Domingo 6º de Pascua (A). 21.05.2017: Juan 14,15-21.**

***“Estoy en ti… Estás en mí…”*** (14,20)**. Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

Ignoro lo que pensará cada lector sobre esa costumbre de muchos de nosotros que es ‘hacer las cosas a medias’. Suelo decirme delante de un espejo que ‘dejar las cosas a medio hacer’ es como hacerlas mal dos veces. Y por esto mismo creo que los encargados de la selección de los relatos evangélicos para las liturgias dominicales hacen dos veces mal su tarea, como sucede en este nuevo domingo y que trato de comentar.

La preciosa unidad literaria y teológica que es el texto del cuarto Evangelio que comienza en Juan 13,31 y acaba en Juan 14,31 se nos ofreció, entre el domingo pasado y este del día 21 de mayo, como un texto descabezado por carecer de las neuronas del amor (13,34-35), sin pies para caminar como lo son los versículos 14,22-31 y sin un corazoncito que bien podrían serlo los versículos 13-14.

Me digo, sin embargo, que este problema de unas lecturas ‘sin pies ni cabeza’ tiene un arreglo muy sencillo. Leerlo personalmente, o mejor de dos en dos, completo. Y cuantas veces se pueda hacer en el tiempo que suele durar una misa eucarística de fin de semana. Leer el texto de Juan 13,31 a 14,31. Es fácil de recordar: 13,31 a 14,31. Se trata, nada más y nada menos, que de un discurso que el autor del cuarto Evangelio puso en labios de Jesús después de la cena de despedida que fue a la vez, para este Evangelista, tan cariñosa y entrañable como el lavado de los pies y tan dramática como la traición de Judas y las negaciones de Pedro.

¿Es posible imaginarse en ese paradógico y dramático contexto la serenidad de un celebrante como Jesús que pronuncia la primera homilía de la historia de todas las misas o fracciones del panyvino o eucaristías…? Siempre digo que a mí y mis palabras no le hagan demasiado caso, pero, por favor, leamos críticamente este texto tan manoseado por citas de ‘corta y pega’ y tan desconocido por no habérselo leído nunca como una unidad de forma y de contenido.

Cuando seamos capaces de vernos cara a cara en el espejo de este Juan 13,31 a 14,31 empezaremos a interrogarnos más de lo que nos hubiéramos imaginado. ¿Puede alguien pensar con sentido común que lxs participantes en aquella cena escucharon de labios de Jesús que él era el camino, la verdad y la vida y poquito tiempo después, en el huerto, quedaron paralizados ante el apresamiento de ese mismo Jesús por la fuerza de la sinrazón de las autoridades tanto del poder político como religioso?

¿De qué Padre y de qué Espíritu habla tan claramente este Jesús del cuarto Evangelio en 13,31 al 14,31 si aquellxs comensales de la cena nada de todo esto recordaron porque nada de todo esto aparece contado en los Evangelios de Marcos, Mateo y Lucas? Y si esta relación de un Padre, su Hijo, el Espíritu y todos sus creyentes es tan íntima, sólida y profunda, ¿cómo es que ese Hijo se quedó tan solo y abandonado en la condena, ejecución de su muerte y sepultura tan injustas de Jesús de Nazaret? Y, por cuestión de este espacio, me quedaré con una última pregunta que me nace de las últimas palabras de este Jesús tan ‘buen orador’ cuando toda su vida está pendiente del hilo de los poderes humanos de entonces y de siempre: ***‘¿Cuál fue, con precisión, la misión que ese Padre encomendó a Jesús de Nazaret?*** (14,31). ¿Cuál fue, cuál es?

**Domingo 26º del Evangelio de Marcos (21.05.2017): Marcos 7,24-30.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

El texto de Marcos 7,24-30 (o hasta el 31, si le parece bien al lector) es el centro de la tercera gran palindromía de la presencia de Jesús de Nazaret en su tierra de la Galilea y de sus alrededores de la Decápolis, por el este, y de la costa mediterránea de Tiro y Sidón, por el oeste. Es un texto que mi lectura crítica se atreve a llamar ‘central’, como también fueron centrales Marcos 1,35-45 (en la primera palindromía) y Marcos 5,1-20 (en la segunda palindromía).

Deseo vivamente preguntar a la mano autora del relato si Jesús de Nazaret viajó solo a esta región costera del Mediterráneo. El texto invita a pensar que sí: Jesús *“se fue a la región de Tiro, y entrando en una casa quería que nadie lo supiera, pero no logró pasar inadvertido”* (7,24). Pero si viajó sin ningún acompañamiento, ¿cómo llegó a saberse lo que le ocurrió en aquel viaje a Tiro y su encuentro con la mujer de las tres nacionalidades: siria, fenicia y la ya desaparecida ‘cananea’? ¡Mujer y pagana!, se mire como se mire y en las tres identidades.

Y mis interrogantes continúan: ¿Nada le sucedió a este Jesús de Nazaret en su paso por Sidón y en el rocambolesco camino de regreso a Galilea volviendo a pasar por la Decápolis? María Magdalena, ¡siento una inmensa curiosidad por todo esto que te guardaste en el tintero de tus entrañas de mujer creyente en el resucitado Jesús que ardía de vida en esas tus entrañas! Con todo, Evangelista de Jesús, un millón de gracias por habernos contado ese encuentro del laico galileo con ‘la mujer de Tiro’ en un pequeño puñado de líneas y pormenores. Confieso que, si escribiera todo cuanto se me ocurre cuando imagino este encuentro, necesitaría al menos una página de éstas por versículo.

Considero que este encuentro, él solito, es un Evangelio completo. Una buena noticia para los tres protagonistas: Jesús, la mujer y su hija. Tuvo padre esta hija pero, ¿quién fue y dónde se encontraba en esos momentos? ¿Puedo pensar, narradora de estos hechos, que el tal esposo y padre era ‘ese demonio impuro del que se habla en 7,25? Cuando le presto atención a este ‘espíritu inmundo, demonio impuro, o como se le quiera satanizar a este diablo’, no dejo de recordar la identidad suya ya presentada en aquel sábado en la sinagoga de Cafarnaún en 1,21-28. Leo despacio y escucho otra vez sorprendido la voz del judío Jesús: *“Cállate y sal de ahí”*. Así, los dos verbos en imperativo.

Esa mujer, su familia y su hija, ¿quiénes son? ¿A quién se está identificando en lo que el texto dice de ellas? Los creyentes paganos sabían qué era Israel, su religión y su pueblo. De la misma manera que un creyente católico hoy sabe bien quién es un musulmán, un protestante, un copto, un hinduista, un ateo, un ortodoxo… Las religiones se notan, se ven, en sus signos y vestimentas. Y sus religiosos… ¡se huelen! Unos a otros, en tiempos de Jesús se llamaban con ‘el cariñoso nombre de perros’. Y en otros tiempos posteriores y hasta hoy, también.

Hoy, las religiones y sus gentes ¿nos reconocemos y toleramos? Creo sinceramente que no hay otra vestimenta ni otro signo visible de una religión que la piel de cada ser humano. **Eso es, ¡la piel! La piel que nos viste a cada unx ¡de persona! Por fuera y por dentro, entrañablemente.**